

CATALOGADO

EL SENTIDO DE LA MUERTE EN EL HOMBRE

Por José Francisco Ulloa.

Escritor y periodista. El trabajo que publicamos nos fue entregado días antes de su muerte, acaecida el 8 de enero de 1957. Sus ensayos y estudios revelan una personalidad trágica y angustiada. Fue asiduo colaborador de periódicos y revistas centroamericanos.

a)—CONFIGURACION DE LA MUERTE.

La muerte es una zozobra interior en el hombre que lo angustia, a veces, que lo aberroja con ese golpe definitivo que es la realidad. Podría decirse en ese caso que el ser humano vive y muere en un plano onírico. Sueño de la verdad que no se alcanza; sueño de la ilusión que apenas se dibuja en el paisaje telúrico que nos rodea; sueño, en fin, de nosotros mismos que caminamos como sonámbulos en un mundo de espectros.

Olvidemos un instante la ruta que se nos ha trazado en torno a un espacio que se nos describe como una serenidad infinita en que el espíritu alcanza su máxima potencialidad. Olvidemos, también, cierta certeza intuitiva que discurre en el alma con relámpago de felicidad, y tendremos un panorama distinto de la muerte. Lo que quiere indicar, indudablemente, que en el fondo de nuestro ser se anidan espejismos múltiples y polifacéticos, que en determinado sentido están acordes con la visión y la conciencia que cada ser tenga de la humanidad.

Las culturas primitivas—y las llamamos culturas por ser eslabones de las que hoy poseemos en grado superior—contemplan a la muerte con actitud hierática que se desplaza entre símbolos, mitos o cábalas. Esto dio lugar a la creación de diversas religiones, distintas en su filosofía o su liturgia, pero comunes en cuanto al sentido de la muerte en el hombre.

Esta identidad no es una casualidad cualquiera, como bien se entiende, porque responde a una dimensión general como es aquélla en que el hombre prefiere rehuir y no buscar en ese temible mar que es la profesía. Pero la meditación, como contraste doloroso, más afina

la sensibilidad, más la llama, la incita al reconocimiento. Y es aquí donde la muerte desata implacable sus misterios y los convierte en una sospecha agria o en una duda labrada por el esceptismo.

¿Es que el hombre con su finitud categórica lleva dentro y fuera de sí mismo la cobardía que lo quebranta en su soledad?

¿O es que el hombre puede acercarse a la muerte sin el menor desasosiego?

Podríamos especular sobre esta cobardía congénita—especie de signo instintivo y aterrador en el hombre—que circunda al habitante terrestre y que como paradoja le concede valentía para subsistir. Mas la especulación nos llevaría al sitio de donde hemos partido: sombra entre las sombras y nada más.

Cuando un espíritu analítico y sereno ensaya la anatomía metafísica de la muerte, su tranquilidad no es interrumpida por el espanto o la desesperación. El paisaje lo observa tranquilo, natural. Llegó en consecuencia, a la conformidad perfectamente lógica que responde a una configuración normal del hombre.

La especie humana, por razones de cultura y tradición, no piensa ni siente en forma idéntica. Podría argumentarse que esto no es cierto porque la arilla que nos envuelve con su ropaje pasajero, es la misma y las reacciones del sentimiento no varían mayor cosa. Pero esta observación no tiene validez, desde luego que, en nuestro concepto, el sentimiento se encuentra en relación directa con el grado de cultura y civilización que un conglomerado social posea.

Las instituciones de un pueblo retrasado implican también sentimientos retrasados, porque el saber anima, aviva y despierta el espíritu hasta liberarlo de nubes y abismos.

La muerte, pues, para aquél en cuya mente no afloran mensajes matinales, no es sólo un enigma, sino que se torna en pavor a veces contenido por la carencia de reflexión, que es una de las tantas formas de vivir sin pasión y sin inquietudes.

Con júbilo desbordante se ha cantado a la muerte. ¿Evasión espiritual? ¿Conformación equilibrada? Todo puede suceder, pero de la Esfinge no obtendremos jamás respuesta.

b)—*LO ROMANTICO EN LA MUERTE.*

Lo romántico—que nosotros queremos entenderlo como una elegancia espiritual—tiene profundas vinculaciones, tanto especiales como temporales, con la muerte. La literatura universal es más que elocuente

en ese sentido, porque nos demuestra que aun los espíritus más finos se deslizan voluntariamente por la pendiente inexorable, plenamente convencidos de que su destino era ese y no otro. Puede decirse, entonces, que se marchan con estoicismo y sin temores epilépticos.

Stefan Zweig, Acuña, Alfonsina Storni, y tantos otros preclaros nombres, recurren al suicidio estremecidos por una conciencia diáfana, clarificada por una intensa experiencia interior que viene, a pesar de su extrema renunciación, a erigirlos en temperamentos apolíneos.

En torno a la muerte se han forjado fantasmas a cual más pavorosos. Se la reviste con esqueletos, con el ulular desprendido de las tempestades enloquecidas. Esto ha fijado en el hombre—como herencia que se deriva de una educación falseada y acoplada a ciertos convencionalismos sociales—una huella psíquica que colinda con la amargura, ya que el hombre es un inválido, un desposeído total, frente al problema de la muerte.

Lo romántico, ya expresamos, cobia jerarquía de elegancia espiritual pero llegados a este punto bien cabe preguntarse: ¿Pero qué clase de elegancia? No podríamos dar una respuesta satisfactoria, que complaciera a todos, acerca de esta interrogante. Lo único que podríamos apuntar es que la elegancia no es siempre manifestación estética, porque las formalidades que la tipifican perfectamente pueden, incluso, encontrarse en lo grotesco, como sucede en el campo del arte con la pintura surrealista o en la literatura con las tesis de Sartre.

La elegancia romántica al acercarse a la muerte, casi podíamos afirmar, lo hace con júbilo inédito, deviene de una conciencia de la misma que toma la ofuscación por la verdad, las simples afectividades, sublimadas por muchos factores, por deberes irrenunciables. Un suicida—aun cuando se trate de un espíritu superior—puede que siempre sea una víctima de los espejismos que en el hombre provoca el sentimiento de la muerte. En efecto, la filosofía que se ha tejido en torno a la misma, nos conduce a falsas apreciaciones, a juicios en que lo racional no cuenta porque la metafísica se ha erigido en rectora suprema. El mismo Sócrates, al apurar la cicuta, lo hace con la felicidad que le depara su convencimiento irreductible de que al ausentarse es para reunirse con los dioses y contemplar, ya convertidos en realidad, los mitos que saturaba a la Hélade.

Pero bien, lo esencial en esto del romanticismo en la muerte, no es cabalmente citarlo para destacar su influencia en el hombre, sino encuadrarlo dentro de una axiología estrictamente racional con lo cual, si aceptamos la tesis, llegaríamos a esta conclusión: la visión del pano-

rama humano es factor preponderante, es lo que determina nuestra particular actitud con respecto a la muerte. Y he aquí, como resultado lógico, que quien no analiza la muerte desde el centro hasta la periferia, aun cuando logre aprisionar la verdad, huirá de ella, la evadirá superficialmente para encontrarse de súbito con ella, porque es la más fiel compañera de esta vida.

c)—*EL PROBLEMA Y SUS CONSECUENCIAS.*

Este problema de la muerte ha tenido en todos los tiempos una trascendencia fundamental ya que está relacionado directamente con la vida misma, que es al mismo tiempo una sucesión de experiencias individuales y colectivas que gravitan en el destino de la humanidad.

El formalismo filosófico que conceptúa a la muerte como un accidente fatalista, no es más que una corriente pesimista que atrofia las fuerzas del hombre para mantenerlo prácticamente estancado, gimiendo, por así decirlo, al pie de su propia sepultura. Esta filosofía encuentra su mejor campo de expansión en los espíritus ateridos de miedo, en los seres que quieren comprender exclusivamente a través del olvido, vale expresar, de todos estos enervantes que alimenta y fomenta la incultura.

Pensamos a este propósito que el espíritu del hombre debe ser levantado y animado por una cultura optimista, por un conocimiento racional—que no es cosa nueva ni nada parecido—que despeje el camino de momias, fantasmas y consejas.

El espíritu de nuestro tiempo está obsesionado por un agudo materialismo, entendiéndolo como una lucha por las apetencias más desorbitadas. Ciertas doctrinas políticas, sabiéndolo así, han cultivado la tremenda desesperación de las masas y las han sumido únicamente en una grosera objetividad de los valores humanos. Las fuerzas espirituales permanecen, si no totalmente olvidadas, cuando menos sujetas a disciplinas ignominiosas que desfigurán la personalidad íntima del hombre.

Al hablar de un agudo materialismo no despreciamos, ni por un momento, la justicia que asiste a quienes anhelan una existencia digna y decorosa. Pero rechazamos toda tentativa de bestializar al hombre, toda empresa que dirija sus pasos hacia la consecución de una vida placentera y nada más. La batalla por el pan en la forma que dejamos esbozada, tiene mucho que ver con el problema de la muerte. Un espíritu dionisiaco ha hecho su aparición con más intensidad en el siglo XX, el siglo que con propiedad ha sido calificado de la "Era Atómica".

Pero este espíritu, frente al más allá, se complace en lo banal, gusta de lo paramental y se rebela contra cualquier material de observación que le demuestre que la muerte entraña otras dimensiones en el tránsito del hombre sobre la tierra.

Hay otro problema fundamental en la cuestión que abordamos: la mayoría de las gentes medita muy poco—o casi nada—en la muerte. Suponen que todo lo lúgubre enferma. En realidad no es así. Un conocimiento de la misma, libre de prejuicios, convierte al hombre en un espíritu gozoso, normal, dispuesto siempre a desplazarse con energía creadora y no en forma mecánica, trasunto de su debilidad interior.

No proclamamos ni defendemos una doctrina mística en relación con la muerte. Invocamos el racionalismo como el conducto más lógico para que el hombre no vaya a tientas en su camino, por miedo a caer en un abismo insondable. Caeremos, ciertamente, pero alentados por un conocimiento diáfano, firme, que no sembrará de terrores nuestro destierro final.

d)—*FIGURA DE LA RENUNCIACION.*

La huella del hombre sobre la tierra tiene su expresión total en su desaparición definitiva. Modesta o de altura inconmensurable puede ser la vida, por aquello de las jerarquías axiológicas, pero siempre es una existencia que ostenta su propia estructura, que, fallida o acertada, tuvo irremediamente que desplegar sus alas, no importa que su ruta por el mundo haya sido simplemente rutinaria, como es el caso corriente en la humanidad.

Pero en la vida, naturalmente, no todo es genial, no todo es sabiduría, de manera que prácticamente subsistimos por un proceso cultural—que implica civilización—que nos brindan los elementos de superación en diversos aspectos vitales.

La humanidad es un conjunto de fuerzas espirituales y materiales. Es una batalla por el predominio de una determinada ideología sustentada por minorías o mayorías. Pero es, de todas maneras, una lucha que prueba una profunda fe en la vida, una confianza íntima en los destinos del hombre mismo.

La muerte no importa, realmente, en este escenario magnífico que es el optimismo del hombre en sus fuerzas generatrices porque su peregrinaje es transitorio, sujeto a lo mutable que es la existencia humana. Por ello impresiona contemplar la decisión, la energía que se despliega por vencer las fuerzas de la naturaleza, tentativa que hasta el tiempo actual ha alcanzado grados y conquistas que asombran.

Entonces, ¿por qué ese temor inconsciente por la muerte? ¿Por qué la duda nos hace vacilar a manera del árbol azotado por un vendaval?

El hombre, con seguridad, lleva inmanente la herencia de la muerte. Más tarde, ya en pleno desarrollo, comprenderá o intuirá que no ha venido a la tierra con signos de eternidad. Y es entonces,—depende su potencialidad espiritual—que será invadido por una desazón frente al misterio que le espera. Tratará de olvidar, mas jamás lo podrá. La muerte de sus semejantes le recordará siempre su propia muerte.

Desprendemos, en consecuencia, los rasgos que tipifican a la renunciación, a la serena conformidad por nuestra inexorable desaparición. Y si logramos ese objetivo la vida se hace más plácida, más airosa y fecunda.

En el desmayo espiritual que sufren muchos hombres, creemos nosotros, hay mucho de pánico por la muerte. Se sienten sobrecogidos por una duda irracional, por una desesperanza que sangra en el desierto de su inconformidad.

La renunciación no podría ser esa creencia proclamada por los ilusos en cuanto que la muerte es nuestra liberación definitiva. Podrá ser esta concepción de origen místico, pero falla cuando se la analiza. Es la renunciación de todo mito, de todo formalismo convencional, lo que nos puede hacer fuertes, tanto en la vida como en la muerte.

c)—*EL TRIBUTO IRREMEDIABLE.*

La vida es como la definición que se ha hecho de la dialéctica: evolución, transformación y revolución de todas las cosas. No podría ser estática porque entonces la humanidad habría ya perecido bajo el peso del más insoportable de los estancamientos.

Las generaciones que nos precedieron depositaron su fe en los recursos poderosos como inagotables del hombre. Y es de esta manera que se afanaron por crear el clima propicio para que en edades futuras pudiéramos cristalizar lo que ellas apenas esbozaron. Lo básico, lo esencial en este proceso histórico es que el hombre no ha descansado en la perenne búsqueda de la verdad, asequible y hacedera. Ni también ha desmayado ante los elementos adversos a sus afanes creadores. La muerte, en este plano dinámico, descendió, claro está, pero lo hizo sin encontrar resistencia absurdas que no hubieran hecho otra cosa que debilitar la gran batalla por la cultura y la civilización.

Siempre debemos pensar, al menos por higiene mental, que en el espacio temporal y espiritual rendiremos un tributo ineludible, un tributo por lo tanto que no podemos evadirlo. Esta realidad cuando se ha consubstanciado conscientemente con nosotros nos convierte en más aptos y ágiles para mejor cumplir nuestro destino en la tierra.

La potencia espiritual de un hombre radica en la capacidad de clarificación que posea para juzgar los problemas existenciales. Si no está preparado para ello es muy posible, cuando no seguro, que ambule por el mundo como un desterrado y no como un hombre encendido por la fe y la esperanza.

Sigilosamente, de manera furtiva, ciertos hombres quisieran robar a la muerte lo que se ha dado en llamar “misterios”, y se valen de sofismas para justificar su derrota. Estas actitudes han dado beligerancia a una serie de filosofías fatalistas o pesimistas que han prendido en el ser humano sólo desconsuelo.

Estamos profundamente convencidos—porque es lo cierto—que nuestro tributo tendremos que entregarlo urgidos por una sorpresa, y en la inquietud que nos rodea con sus sombras impenetrables, valen poco o nada frente a lo que no puede resolverse de otra manera.

El temor no es una herencia ancestral en torno a la muerte. Y no es ancestral porque un conocimiento racional, como anteriormente hemos expresado, conforma al hombre frente al tributo final.

¿O el hombre pretende encerrarse para no ver y sentir a la muerte, tal como si se tomara una droga cualquiera?

Los valores espirituales, que en definitiva integran el más alto conjunto de la vida, nos llaman a exaltar la personalidad humana, ya que con ello estamos impulsando nuestro destino por rutas fértiles y objetivas.

Vendrá la eternidad con sus sueños inéditos, pero el hombre ha de quedar visible—o fuertemente fijada su huella—como testimonio de su amor racional a la existencia, que es también amor racional a la muerte.

f)—*SOBRE LA MUERTE VAMOS HACIA LA VIDA.*

Sobre la temporalidad de la muerte va la vida porque en la perenne sucesión de valores que se producen en el espacio telúrico, la existencia está incólume, como un fruto que no se agosta con el devenir del tiempo, ni marchita por una lágrima que se derrama.

Los problemas de la muerte, podría decirse, que son de más esencia objetiva que subjetiva. En el hombre existe, con mayor o menor fuerza, una concepción tética en torno a la muerte. Consciente o inconscientemente la rehuye, o la olvida como un dato que no tiene máxima importancia. Pero nosotros quisiéramos oponer a esta visión desviada un pensamiento iluminado por el análisis profundo de sus consecuencias vitales. Y es que, en el fondo, nos ataña lo desconocido.

La fe en la vida es una premisa que sienta las bases para concretar los más trascendentales destinos. Las figuras que con más acento y magnitud se levantan en la historia, fueron espíritus que amaban su presencia terrestre porque sabían y se sentían llamados a cumplir empresas extraordinarias. Y ese fuego interior que los consumió venía precisamente de una configuración realista, racionalista, de la existencia.

La cultura se vivifica, se expande más ariosamente, en tanto el hombre se entrega a la tierra con todas sus fatigas y todas sus esperanzas. Es en estos procesos que un clima de fecundidad ardiente surge potente e invade a los pueblos con sus brisas proféticas.

La antigua cultura griega creyó con devoción creadora en la muerte a través de sus mitos y su magia, porque en todo ello, como expresa un eminente escritor, se encerraba un espíritu de construcción y superación.

Nuestra edad moderna impulsa al hombre a conquistas estupendas; lo agita con el vértigo de su progreso y lo lleva, entre una sonata de júbilo, a un porvenir sin fronteras.

La esencia espiritual de una filosofía optimista transforma al hombre, de un simple esclavo de la muerte, en un ser que se sirve de ella para que la vida se erija como un monumento de gloriosa exultación.

Pensar en la propia composición de nuestro ser, es decir, en su trascendencia presente y final, no sólo es un ejercicio espiritual, sino que nos sumerge en las profundidades del análisis existencial. No puede asegurarse—ya se ha dicho reiteradas veces—que encontraremos la verdad, tan frágil y falible, pero sí auscultaremos esa penumbra en que discurren los pensamientos del hombre.

El sentido de la muerte en el hombre, pues, es de perennidad creadora. El recuerdo del hombre mismo—fuera de cualquier actitud sentimental—es el reflejo de su espíritu confundido con la tierra. Y la tierra es fecundidad, dación generosa, cantera inagotable de supervivencia.